

CAPÍTULO XXII

LA CALLE DE LA AMARGURA.—JUICIO.—MIGUEL ANTE PILATOS
MIGUEL RESUCITA Y ESCRIBE UNA CARTA

Llegada á Argel, con el correo de á caballo, la noticia de haber sido sorprendidos muchos cristianos prontos á fugarse en un barco fantasma, que había huído por la noche, pronto cundió por la ciudad, movió á los azotacalles, en ella tan numerosos, y alborotó á la chiquillería. Relamiéronse de gusto muchachos y ociosos, como lo hacían los de cualquier ciudad española entonces al anunciarse que había ladrón ahorcado, bruja empalada ó auto de fe y relajación al brazo secular. La crueldad sanguinaria, en aquellos tiempos, era tan propia de cristianos como de moros. Viendo verter ajena sangre, se perdía el miedo á derramar la propia: viviendo entre miseria pestilente, no se temían contactos ni se recelaban promiscuidades que hoy nos repugnan. De la sangre y de la miseria corporales nació quizás el desprecio de la vida. La crueldad fué, si no la madre, la nodriza del ascetismo y de la mística.

Atadas las manos, serena la frente, el justo Miguel de Cervantes, recorría entre los fieros sayones de Azán-bajá su calle de la Amargura. Hasta la Alcazaba todas eran cuevas pedregosas, retorcidas, tan estrechas algunas, que los dos guardias habían de apretarse contra el cuerpo de Miguel para pasar por ellas. Las puertas que no se abrieron para la limosna, se abrían para la sañuda curiosidad. Hondo frescor perfumado salía de las casas, y con él rumores de risas y de cantos femeniles. En algún raro ajimez, tras la espesa celosía, se adivinaban dos ojos llameantes. El día

era el último de Septiembre: templado y amable calor circulaba por las venas. Asomando sus cabezas, de un verde insultante, por cima de las tapias, dejaban pender sus racimos de oro las palmeras, ó bien permitían las higueras graves que hasta los ojos del cautivo llegara el halago de su frondosidad, recoleta en patios y huertecillos, y hasta las narices la fragancia de los higos negros, en cuya piel de color de tinta temblaba una gota de olorosa miel. La vida era amable, aun dentro del cautiverio: perderla era gran lástima y extraña locura....

Al pasar por algunas plazas, la chusma berberisca, arremolinada en torno al encantador de serpientes ó escuchando al juglar, que gangueaba cuentos y leyendas al són del tarabuk, volvía hacia el cortejo de los cautivos cien cabezas interrogadoras. Pronto se sabía, entre verdad y embuste, de qué se trataba, y el alborozo de los moros era grande. Movíase entre ellos chillona greguería de insultos y ultrajes á los perros cristianos: prometíanse el grato espectáculo de ver empalar en el Zoco grande á aquel grave hidalgo español de la ancha frente, los alegres ojos y la barba taheña. Algún judío astroso, de nariz picuda, chillaba como una rata los más complicados y crueles denuestos, gozándose en la saña del viejo vocabulario castellano de los tiempos del Cid, para echárselo al rostro á los españoles. Los chiquillos, sin que les contuvieran los latigazos de los chaúces ó alguaciles, se metían por entre las piernas de los prisioneros, escupiéndoles, arrojándoles inmundicias al rostro, gritando, entre brincos y morisquetas, el eterno bordoncillo:

Don Juan no venir,
non escapar, non fugir
acá morir, perro,
acá morir,
Don Juan no venir.

Largo fué el camino y, como largo, doloroso. Con suplicantes voces rogaban los otros cautivos á Miguel, como á padre y maestro, que no los desamparase ni los entregara á la cruel venganza de los turcos. Procuraba Miguel esforzarles, ofreciéndose á permanecer constante en la tortura y á perder la vida por sal-

varlos. Al fin llegaron todos á la presencia de Azán-bajá, más muertos que vivos.

Azán-bajá los miró con el ojo experto del mercader que aprecia una buena compra: y aunque, por haber pasado tantos meses en la cueva, sin ver la luz del día ni tener con qué remediarse, estaban todos ellos barbiluengos y uñicrecidos, sucios y rotos, el astuto comerciante conoció en diversas señales, y más que en nada, en la apostura y gallardía que bajo los harapos conservaban, que eran buena presa, y desde luego los marcó por suyos, sin más averiguación. El capitán de los guardias dijo á su amo, señalando á Miguel, cómo aquel caballero se había declarado autor único y ejecutor principal de toda la trama urdida para huir.

Con esto, Azán-bajá interrogó á Miguel en la lengua franca ó germanía, hablada en los puertos del Mediterráneo, mezcla de griego, veneciano, napolitano, provenzal y mallorquín, y amasijo de otros idiomas y dialectos.

Las palabras y la actitud de Miguel, certificaron á Azán-bajá ser este cautivo un hombre de gran importancia y de noble y esforzado ánimo. Con la clarividencia que presta la codicia, le preguntó, y, aun cuando ya sospechaba que el miedo á morir no le había de hacer mella, con muerte cruelísima y despiadada le amenazó. Puso Miguel los ojos en el cielo y dió á entender al tirano que nada le importaba perder la vida, pues de salvar su alma estaba seguro. Pensó entonces Azán si acaso aquel hombre sería un místico ó un mártir iluminado de los que había visto algunas veces buscar el martirio y morir gozosos, como se cuenta que sucedía en los tiempos de Nerón. Los ojos brillantes y alegrísimos de Miguel le salvaron, absolviendo esta duda de Azán.

Siguió el interrogatorio, y Miguel conoció que del más tremendo peligro se había librado. En las tortuosas insinuaciones y en los enrevesados raciocinios de Azán-bajá, vió Miguel claros los ya por él conocidos repliegues y recobecos de la perfidia veneciana, los procederes sólitos de aquellos comerciantes habitados á escurrirse sin ruido por los silenciosos canales con el asesinato y el robo en la mente y la pérfida sonrisa en la boca. Adivinó, en suma, sus pensamientos. Para Azán-bajá, el prisionero

Miguel era de interés, pero el fin que él iba persiguiendo en aquel negocio era más lucrativo y trascendente, como que se proponía enredar en él á Fray Jorge del Olivar, porque pensaba, con acierto, que encarcelando estrechamente al pobre fraile mercenario como culpable en una tentativa de fuga, podría doblarle y aun triplicarle la talla, poniendo á la Orden de la Merced en el caso de pagar cuanto él pidiera.

Repitióse entonces la eterna escena dramática de la lucha entre la serpiente y el león. Deslizaba Azán-bajá entre las palabras de amenaza y las de benignidad é indulgencia su pensamiento, y Cervantes, rotundo, categórico, fuerte, insistiendo heróico en despreciar la vida, iba poniéndole vallas para que no resbalara más adelante de donde á su interés propio y al de los otros cautivos convenía.

En este juego en que se envidaba la existencia, conoció Azán, más aún que los mismos cristianos, con quién se las había, y por eso con mucha discreción ha dicho alguien que en la lista de los más grandes admiradores de Cervantes debemos incluir ante todo á Azán-bajá, pues desde la primera entrevista comprendió que no era Miguel un hombre cuya vida pudiera despreciarse neciamente, entregándola sin más averiguación á la horca. Y aún diré más, á saber, que necio y vano me parece todo el ludibrio que sobre la memoria de aquel prudente renegado quieren echar historiadores indiscretos, como si á un mercader de carne humana pudiera exigírsele más de lo que él hizo. ¿Cuántos de los civilizados, progresivos y suaves jueces que hoy se gastan se dejarían persuadir, por los largos razonamientos y por la entereza de un reo procesado por delito de los que tienen pena capital, como entonces la tenía el cometido por Cervantes? ¿Cuántos fiscales de los de ahora se meten á indagar si el reo á quien interrogan es un hombre de ánimo valeroso y de talento profundo, capaz de realizar empresas grandes que en el presidio se han de malograr para siempre?

Mucho influyó en el ánimo de Azán-bajá, para no matar á Cervantes, la avaricia, el deseo de conservar á un cautivo de tan altos pensamientos; pero, en un caso análogo, ¿evaluaríamos hoy

esta cifra moral, etérea de la altura de los pensamientos y la grandeza de ánimo para no sentenciar á muerte á quien por la letra de la ley fuese condenado? Veamos lo que el mismo Miguel dice, hablando de la justicia de los moros y turcos: "Las más causas despachó el cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas ni respuestas que todas las causas (si no son las matrimoniales) se despachan en pie y en un punto, *más á juicio de buen varón que por ley alguna, y entre aquellos bárbaros (si lo son en esto)* el cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña y las sentencia en un soplo, sin que haya apelación de su sentencia para otro tribunal».

Atento al interés suyo, sí, pero también considerando la valía de Miguel, sentenció Azán-bajá en provecho propio quedándose con todos los cristianos como cautivos y guardando en su poder y en su propia casa á Miguel, sujeto con muchos hierros y cadenas. Miguel respiró tranquilo y las lágrimas de los demás cristianos al despedirle, atestiguaban su gratitud.

Dígase ahora si es hiperbólica ponderación y encarecimiento propio de un biógrafo apasionado la aseveración de que, en aquel caso, el alma de Miguel igualó á la de los mayores héroes de la historia. Forzábale, es cierto, la necesidad y le impelía el instinto de legítima defensa, pero ¿quién no se hubiera turbado y perdido toda su elocuencia al verse en tan apretado trance?

Fueron, pues, los treinta años de Cervantes, viriles y fecundos. No llegaban los desengaños á su alma, cuando ya nuevos y admirables sucesos en que á prueba la ponía, le hacían recobrar la confianza y robustecer la fe que en sí mismo poseyó siempre, y mantener y criar ilusiones más grandes. Era Miguel á los treinta años, un hombre completo, un aprovechado estudiante de la vida, aunque de ella había de recibir aún muchas y severas lecciones.

Encerrado en el calabozo de Azán-bajá, comedia consigo mismo las causas de haberse malogrado su bien urdido proyecto, y en vez de entibiarse su fe, al ver que de catorce cristianos á quienes pensara salvar le había salido un Judas perverso, aumentaba la seguridad que de su salvación tenía. De nada le habían servido al *Dorador* sus arteras delaciones, puesto que Miguel estaba

vivo y su alma indomable seguía trabajando y tejiendo la tela de su próxima libertad.

No se sabe cómo, ni por dónde, pero aprovechando, sin duda, el encanto sugestivo que de su persona emanaba, supo pronto Miguel la suerte de los demás cautivos. Averiguó también que el santo Fray Jorge del Olivar, temiendo verse envuelto en nuevas asechanzas de Azán-bajá, había enviado al doctor Antonio de Sosa las vestiduras, vasos y ornamentos con que decía misa, para que no cayesen en poder de los infieles, si le echaban en alguna mazmorra. A los tres días de estar preso Miguel en casa de Azán-bajá, sacáronle de la prisión y le llevaron á presenciar un bárbaro y cruento suplicio: el del pobre jardinero Juan, á quien su amo el otro Azán, renegado griego, por congraciarse quizás, con el Rey de Argel, había querido castigar por su participación en la frustrada fuga.

Por espantar y sobrecoger con una brutalidad tan grande el ánimo de Miguel, lleváronle al jardín de Azán el griego y allí vió, aún vivo, pero sin sentido ni vista ya, al pobre navarro que días antes cantaba alegre con su franca y brusca voz la copla vieja de Aben Jot:

Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel.....

Su amo, Azán el griego, le había ahorcado por sus propias manos, colgándole de un pie al tronco de una palmera y entreteniéndose después en jugar al tira y afloja con la cuerda que al cuello le atara para que durasen más el padecimiento y la agonía. El pobre jardinero tenía la cara negra con vetas azules: sangrienta le colgaba la lengua fuera de la boca; hilos de sangre le corrían de la nariz al suelo y bordeaban los párpados morados, entre los que blanqueaban, fuera del casco, los globos de los ojos, ya sin brillo. De vez en cuando, unos esclavos negros sacudían la palmera y el cadáver se zarandeaba con macabras contorsiones, y sobre él caían y rebotaban los dátiles maduros. Miguel miraba aquello y entreveía esa parte misteriosa del vivir que, por ser superior á las fuerzas con que habitualmente arrastramos nuestro carro, nos parece un pedazo de la región ignorada del sueño.

No hemos de pensar que el espectáculo truculento amilanase á Miguel. Volvió á su prisión y á sus reflexiones, y con ellas á sus esperanzas. Pronto supo que el Rey Azán-bajá había pagado por él á su amo Dalí Mamí, una cantidad importante, como quinientos escudos de oro, y esta noticia no le disgustó, pues prefería háberse las con hombre de sagacidad y perspicacia como Azán-bajá, á depender de un simple usurero como Dalí Mamí. El drama de la vida iba complicándose á sus ojos, pero sin que la confusión de los hechos anublase ni empañara su visión poética de la realidad, visión que hoy nos parece romántica, porque no nos hacemos cargo de que en aquel tiempo los sucesos daban pie á que los hombres marcharan y procedieran románticamente.

No podía persuadirse Miguel de que la poesía no tuviera en la vida ajena tanta parte como en la suya. Por entonces supo que su antiguo camarada Mateo Vázquez de Leca, había ascendido á ser *archisecretario*, ó sea el que despachaba lo más de la correspondencia y relaciones de Felipe II, mientras Antonio Pérez se reservaba la parte secreta y grave y, quizás, olfateaba ya la tempestad que se le venía encima. Sabedor de algo de esto é insistiendo en su error, Miguel escribió á Mateo Vázquez una carta en tercetos.

Esta carta á Mateo Vázquez fué meditada muy despacio y escrita con mucho tiempo y no poca lima. Meses debió de pasar Miguel en pensarla y componerla hasta lograr convertir sus propias cuitas personales en patrióticos dolores y hacer, como pedía el Poeta muerto ha poco, una cuestión general, casi universal, del caso privado y personalísimo suyo. Pensó Miguel que el alma de Mateo Vázquez se había ensanchado y engrandecido, como la suya propia, y la de Felipe II, cual la de su hermano Don Juan. Principiaba cantando las alabanzas de su antiguo amigo. Narra-ba después su desventura:

En la galera *Sol*, que escurecía
mi ventura su luz, á pesar mío
fué la pérdida de otros y la mía.

Valor mostramos al principio y brío,
pero después con la experiencia amarga

conocimos ser todo desuarío.

Sentí de ageno yugo la gran carga
y en las manos sacrílegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.

Bien se que mis maldades infinitas
y la poca attrición que en mí se encierra
me tiene entre estos falsos Isrraelitas.

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra.

No pude al llanto detener el freno,
que á mi despecho, sin saber lo que era
me ví el marchito rostro de agua lleno.

Ofrecióse á mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuuo
levantada en el ayre su vándera,

Y el mar que tanto esfuerço no sostuuu,
pues mouido de embidia de su gloria
ayrado entonces más que nunca estuuu.

Estas cosas boluiendo en mi memoria,
las lágrimas truxeron á los ojos
mouidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto Cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado
y aquí no lleua muerte mis despojos,
cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, señor me ayuda
á verme ante Philippio arrodillado,
mi lengua balbuciente y quasi muda
pienso mouer en la Real presencia,
de adulación y de me. tir desnuda.

Diciendo: "Alto Señor, cuya potencia
sugetas trae mill bárbaras Naciones
al desabrido yugo de obediencia,
á quien los Negros Indios con sus dones
reconocen honesto vassallage
trayendo el oro acá de sus rincones;
despierte en tu Real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una vicoca
aspira de continuo á hazerte ultraje.

La gente es mucha, mas su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte, muro ó roca.

Cada vno mira si tu armada viene
para dar á sus pies el cargo y cura
de conseruar la vida que sostiene.

Del 'amarga prisión triste y oscura,
adonde mueren veinte mill cristianos
tienen la llave de su cerradura.

Todos (qual yo) de allá, puestas las manos,
las rodillas por tierra, solloçando,
cercados de tormentos inhumanos,

Valeroso Señor, te están rogando
bueluas los ojos de misericordia
á los suyos, que siempre están llorando.

Y, pues te dexa agora la discordia
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia;

Haz ó buen Rey que sea por tí acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fué por tu amado padre començado.

Sólo el pensar que vas pondrá vn espanto
en la enemiga gente que adeuino
ya desde aquí su perdida y quebranto.

¿Quién dubda que el Real pecho benigno
no se muestre escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?.....

Llegó esta carta á Madrid en sazón malísima. Todos los días pasaban por manos de Mateo Vázquez cientos de epístolas, memorias, planes y proyectos para llevar á buen fin los asuntos de Flandes y otros de importancia. La fantasía española se echaba á volar mucho más que hoy en tiempos como aquellos, cuando todo parecía posible y llano, hasta los mayores dislates. Al rey no solía darse cuenta de tales desatinos. Con ellos solían venir mezclados secretas delaciones contra el secretario Antonio Pérez, contra la princesa de Éboli, contra Escobedo, secretario de Don Juan, contra el mismo Don Juan, que peleaba en Flandes. Suponíanse negociaciones de Don Juan con los luteranos flamencos y de éstos con Inglaterra, tratos secretos del duque de Alba con los principales portugueses ó con Francia, comentábanse las amistades de Requesens, los menores dichos del príncipe de Parma Alejandro Farnesio.

Mateo Vázquez había de leer y enterarse de tan intrincados y revueltos asuntos y dar cuenta al monarca de los que á su parecer revestían mayor gravedad. Mateo Vázquez hacía todo esto tembloroso y azorado. No era un carácter enérgico el suyo, como el de Antonio Pérez. Sin haberlo podido sospechar ni prever, se veía envuelto en un laberinto de insidias y asechanzas, que sólo un hombre tan frío como el rey era capaz de contemplar sin pavor.

En medio de esta turbación suya, recibe Mateo Vázquez un día la carta de su antiguo amigo; se pasa la mano por la frente, recordando los días felices en que gustaba de versos y aventuras. La imponente rotundidad de los tercetos fija un instante y detiene la errátil inconsistencia de su embrollado cacumen. Brava carta es aquella, por Dios. Mateo Vázquez, aunque el tiempo no le sobra, la relee y diputa á su autor por un gran poeta.

Cuando está enjuagándose la boca con los versos, un ujier anuncia al secretario que Su Majestad le espera. Mateo Vázquez recoge sus papeles apresurado. Abrense puertas, álzanse cortinas. Mateo Vázquez se halla en presencia del soberano. De pie, junto á un bufete, al que sirve de escudero una gran mesa cargada de papelorios sujetos por muestras de mármoles y jaspes empleados en el Escorial, el monarca, todo negro, salvo la cara y las manos, que otros pedazos de mármol blanco veteado de amarillo parecen, espera, contesta al saludo, interroga, conciso y autoritario, una pierna algo contraída por fuertísimo dolor que no revela su semblante. Mateo Vázquez va volteando sus papeles. El monarca aparta unos y deja otros, inclinándose á veces. El secretario guarda para lo último la carta de Cervantes.

Antes de concluir el examen de documentos, Felipe II habla bajo á Mateo, sin que nadie sea capaz de oír su voz sino el secretario, del oído fiel y agudo, ni penetrar su intención, á no ser Dios que todo lo sabe. Habla de Escobedo, de Antonio Pérez y, sin nombrarle, de Don Juan. Mateo Vázquez queda confuso, alelado. Felipe II contempla orgulloso aquella confusión y alelamiento, como Tiziano contemplaría una de sus más amadas pinturas. ¡Si él pudiera producir aquel mismo efecto en el ánimo de Antonio Pérez!...

Resuelto ya á no decir al rey nada de otros asuntos, la perplejidad le desata la lengua: Mateo Vázquez habla de la carta, de Miguel, soldado que en Lepanto se portó como héroe; quizás insinúa que Miguel fué, cuando mancebo, quien escribió los versos laudatorios de la difunta reina Doña Isabel de Francia, que esté en gloria, y que el también difunto cardenal Espinosa leyó á Su Majestad. El rey no lo recuerda; pregunta el contenido de la carta, y, al saber que es un proyecto relativo á Argel, frunce los arcos ciliares, en los que antaño no se veían cejas y ahora se ven dos líneas finas de plata desdorada. No obstante, coge el papel de manos de Mateo Vázquez. Mira los desiguales renglones y pregunta si está en verso aquello.

—En verso está, señor—contesta Mateo Vázquez poniéndose colorado, al comprender que acaba de incurrir en una ligera necedad. El rey nada dice; pero devuelve el papel á Mateo Vázquez con una mano desdeñosa. ¿Cuándo—piensan el rey y el secretario, aquél un poco molesto y éste un poco mohino—, cuándo se ha visto que se trate en verso de asuntos hondos y graves de la nación? ¿Hay paciencia que sufra el atrevimiento de tanto y tanto loco proyectista, y á ello añada la audacia y sinrazón de los poetas? Mateo Vázquez conoce haber dado un paso en falso. El rey está en lo firme. Si fuera á hacerse caso de las ideas que les pasan por la cholla á todos los copleros cautivos ó libres, buenos andarían los reinos de Su Majestad. La carta se queda, pues, como era natural y justo, sin contestación.

CAPÍTULO XXIII

MIGUEL ESCRIBE OTRA CARTA QUE NO LLEGA Á SU DESTINO.
SE ADIVINA LA APARICIÓN MISTERIOSA DE UNA MANO
BLANCA Y DE UNOS OJOS NEGROS.—EL DUQUE DE
SESSA SE ACUERDA DE UN VIEJO SOLDADO
SUYO.—DE LA MERCED Á LA TRINIDAD.—LOS
HÉROES MUEREN.—“DON JUAN NO VENIR...”

Como había sabido otras tantas cosas en el apartamiento y soledad de su prisión, supo Miguel ó recordó entonces que el general de Orán en aquellos días era D. Martín de Córdoba, hijo del conde de Alcaudete, y después marqués de Cortes. Contaba la fama que este ilustre caballero, hallándose cautivo en Argel con otros diez y seis mil españoles prisioneros de la jornada de Mostagán, se propuso alzarse en rebeldía con todos los forzados (pues eran ellos mucho más numerosos que la guarnición turca del rey) y apoderarse de la ciudad, regalándosela al monarca de España. Sabíase y repetíase en Argel que, descubierta la conspiración, D. Martín de Córdoba había sido encerrado en una torre lejana, y costó á su familia el rescate veintitres mil escudos de oro. Decíase que el traidor había sido un valenciano llamado Morrellón y que, con este motivo, fueron numerosos y crueles los suplicios de los cristianos mezclados en la rebelión, muriendo entre ellos aquel famoso corsario y audaz navegante Juan Cañete, á quien llamaban el terror de Berbería.

En los relatos de esta malograda proeza, que ocurrió diecinueve ó veinte años antes, había mucho de leyenda fantástica: